

López-Pedrerros, Ricardo. *Makers of Democracy: A Transnational History of the Middle Classes in Colombia*. Durham: Duke University Press, 2019, 360 pp.

Catalina Muñoz Rojas
Universidad de los Andes

En este libro Ricardo López-Pedrerros nos ofrece una crítica a la democracia que parte de su historización. El autor busca desmontar el mito de la democracia como un universal que representa la absoluta armonía social. En lugar de esto, nos presenta la democracia como un proceso de negociación que se construye a partir del choque de discursos distintos, de subjetividades y de estructuras sociales en transformación constante. Lo que entendemos por democracia ha cambiado en el tiempo, está sujeto a ser moldeado y ha sido usado hábilmente por distintos actores del pasado y el presente. La democracia entonces no es una, ni es un modelo idealista por ser alcanzado. Lo que indaga en el fondo, al preguntarse cómo se ha construido históricamente la democracia, es cómo funciona la dominación. En el proceso, y aquí está parte de su aporte, nos invita a dejar de pensarlo de manera binaria como un asunto entre oligarcas y clases populares, gobernantes y gobernados, poderosos y subalternos. Las clases medias, argumenta, han sido fundamentales.

Al estudiar la manera como se configuró la idea de democracia entre finales de la década de 1950 e inicios de la de 1970 en Colombia, nos muestra que la noción de democracia configurada en ese entonces, y que sigue vigente hoy, está vinculada con la clase media. La primera parte del libro concentra la atención en los debates intelectuales transnacionales que generaron una asociación entre la democracia y la clase media. En el marco de la Guerra Fría, instituciones desarrollistas, políticos e intelectuales, tanto en Estados Unidos como en Colombia, y personas que se identificaban como miembros de la clase media (incluidos profesionales, dueños de pequeñas y medianas empresas, y trabajadores del Estado) forjaron la idea de que la democracia requería la existencia de una clase media. Pero no se queda en los debates intelectuales: a lo largo de los capítulos examina también cómo profesionales —incluidos los científicos sociales—, propietarios de pequeñas industrias y trabajadores de cuello blanco entendieron su rol como forjadores de la democracia. Al proponer a la clase media como la única clase capaz de forjar una democracia, la ubicaron en la cima de la pirámide de clases: la clase media era la indicada para gobernar sobre las élites y la clase trabajadora, ambas consideradas menos aptas para la democracia. Así, López-Pedrerros muestra que la idea de democracia que se configuró transnacionalmente, lejos de ser horizontal, estuvo fuertemente cargada de jerarquías. De manera muy sugestiva, encuentra que esas jerarquías no sólo fueron de clase, sino también de género. Las clases medias fueron concebidas como masculinas, y su tarea democratizante pasaba por masculinizar a las clases populares y élites, concebidas como feminizadas. A las clases populares se las asociaba con una cultura de pasividad, carentes de un sentido liberal que las hiciera sentirse responsables por su situación o motivadas para cambiarla; esto las enmarcaba como femeninas. En el caso de las élites, feudales y oligárquicas, se las pensaba como femeninas, por cuanto su relación con la tierra y la naturaleza no era producto de un dominio masculino creativo e innovador, sino que era pasiva, algo “natural”, mas no ganado con esfuerzo. Las clases medias, en cambio, eran presentadas como aquellas que tenían la virilidad

intelectual y el capital humano para producir riqueza y gobernar legítimamente al resto. Hace falta la palabra género en el título: el argumento teje clase y género orgánicamente como elementos fundamentales de nuestra idea de democracia.

La crítica a la democracia que ofrece López-Pedrerros es profunda. Nos da algunos ejemplos de cómo ha tenido efectos nefastos y antidemocráticos concebir la democracia jerárquicamente. Un ejemplo es el vínculo que durante la Guerra Fría establecieron políticos, intelectuales y miembros de la clase media entre democracia y dictadura. Los autoritarismos latinoamericanos fueron justificados como un paso democratizante, necesario en sociedades con una pesada herencia feudal, que dificultaba la entrada de una democracia adecuada. Otro ejemplo de la perversidad que esconde nuestra definición histórica de la democracia es el aval que sectores de la clase media dieron a la violencia de Estado de la década de los setenta contra los sectores sociales radicalizados —incluido de manera importante un sector de la clase media que había girado hacia la izquierda—, al interpretar esa violencia como parte integral de la definición que hacían de una democracia pacífica. Así, el autor nos da pistas interesantes para pensar los retos actuales de nuestra democracia. La represión de los derechos civiles en nombre del orden democrático sigue vigente.

Este libro tiene la cualidad de conectar e iluminar problemas diversos para darle profundidad a aquel en el cual centra su mirada. Además de ser una historia de la democracia y la clase media, este libro es una historia intelectual transnacional del pensamiento desarrollista moderno. López-Pedrerros analiza en profundidad una gran variedad de escritos, donde intelectuales en Estados Unidos, en Colombia y en otros lugares de América Latina discutieron lo que quería decir democracia. Nos muestra cómo la asociación entre democracia y clase media se forjó a través de debates transnacionales, en los que la participación de los latinoamericanos fue crucial. Aquí vincula su argumento con la literatura sobre las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica, leyendo estos debates intelectuales como una extensión de la dominación imperial. Anteriormente, a comienzos del siglo XX, esta había sido coercitiva y, por lo tanto, más explícita; ahora se volvía sutil, al imponer una racionalidad humanista que buscaba educar a los latinoamericanos en ciertas formas de autogobierno y autodisciplina que, a la larga, extendían el poder imperial a través de la democracia. Además, su análisis descentraliza la historia de la democracia y desprovincializa la historia de Colombia. Critica la lectura de la democracia como un regalo de Occidente al mundo, así como su espejo en las interpretaciones del Estado colombiano como un Estado fallido, excepcional, anómalo, peculiar, deficiente, fracasado. Escapando a estas narrativas, nos presenta unas clases medias colombianas que fueron constitutivas de la democracia y no contrarias a ella, y evidencia que la democracia —con todo y sus contradicciones— también fue configurada fuera de Occidente.

Como parte de esta historia intelectual, formula una lectura crítica de una generación de intelectuales colombianos que han sido objeto de gran admiración dentro de la comunidad de los científicos sociales. El autor contextualiza como profesionales, miembros de esas clases medias seducidas por la idea de que les correspondía a ellas hacer la democracia posible, a personas como Orlando Fals Borda y Virginia Gutiérrez de Pineda, entre otros. Esta crítica no sólo toca fibras sensibles al convertir en objeto de estudio a los maestros, sino en cuanto nos invita a la autorreflexión: valores que los científicos sociales hemos heredado y que nos parecen naturales, universales, moralmente incuestionables, como la meritocracia, o el deseo de intervenir en la transformación de la sociedad de manera respetuosa y no impositiva, aparecen como parte de un proceso de configuración de relaciones de poder. Nuestras propias identidades de clase media y sus profundas

contradicciones son objeto de indagación. El libro ofrece una oportunidad para una reflexión personal que resulta mucho más íntima que la que ya venimos haciendo en torno al reconocernos como observadores subjetivos de la realidad y productores de conocimiento situado. Habrá unos que lo aprovechen y otros a los que los incomode.

El libro aborda un periodo de la historia de Colombia que los historiadores hemos trabajado poco. Buena parte de los análisis que tenemos sobre el Frente Nacional vienen de la ciencia política, la sociología y la economía. El análisis histórico riguroso —que incluye una enorme variedad de fuentes de organizaciones desarrollistas, el Estado colombiano, empresas privadas, organizaciones de clase media, colecciones personales y entrevistas— es un aporte valioso, pues introduce matices y cuestiona suposiciones enraizadas. Estos matices y cuestionamientos resultan al apartarse de relatos macro y mirar en detalle experiencias concretas de hombres y mujeres que se pensaban como parte de la clase media. Cuestiona, por ejemplo, visiones macroeconómicas del periodo, que leen el crecimiento de la pequeña y mediana industria como un producto efímero del fracaso de la Industrialización por Sustitución de Importaciones. Al apartar la mirada de la gran industria, en la que se han centrado los historiadores económicos, y observar la experiencia de los propietarios de pequeñas y medianas industrias, enriquece la historiografía con una mayor sensibilidad por lo social, por los discursos y las subjetividades atados a las políticas desarrollistas.

También cuestiona narrativas que asocian la clase media al consumo, por oposición a las clases populares asociadas al trabajo. Examina las subjetividades de miembros de la clase media que, más que como trabajadores, se identificaron como colaboradores, asociados y miembros de equipo que, en algunos casos, se opusieron al sindicalismo, y en otros, no. En la segunda parte del libro, nos presenta a las clases medias como una clase activa social y políticamente. Se aleja de narrativas de la clase media como pasiva, apática, apolítica, no asociativa y disponible para ser cooptada por otros sectores. Argumenta que no fueron simplemente cooptadas por el Frente Nacional, sino que decidieron unirse a este con el objetivo de asegurar mejores condiciones materiales. En América Latina, donde hablamos tanto de reconocer la agencia de los subalternos, nos hemos olvidado de reconocer un lugar a “los del medio”, quienes también la han ejercido. Hombres y mujeres de clase media se asociaron y se politizaron, y su adherencia a la Anapo tuvo justificaciones y estuvo lejos de ser una alianza vacía o falsa. Otro lugar común que nos invita a cuestionar, es que la movilización hacia la izquierda en las décadas de 1960 y 1970 fue producto de la exclusión política del Frente Nacional. Señala que esta es una explicación insuficiente y examina condiciones estructurales como la escasez de empleos, las fuentes de inspiración política de la clase media a través de sus lecturas, y la frustración que resultó de sus esfuerzos por acercarse a las clases populares y la oligarquía. Así, nos da una explicación más compleja de la izquierda.

La perspectiva que ofrece el libro, tan amplia en muchos sentidos, se circunscribe geográficamente a Bogotá. Esta elección se entiende metodológicamente, pues da contención a la pregunta y la hace abordable. Sin embargo, tiene un costo, y es que genera silencios. En particular, se echa de menos una discusión sobre el papel de la racialización y la regionalización en la configuración de la clase media. En este mismo sentido, habría sido útil contrastar el periodo de estudio y la primera mitad del siglo XX, cuando la raza y la región fueron elementos tan significativos en la construcción de la democracia.

En conclusión, el libro es lectura obligatoria para quienes quieran entender cómo se configuraron las relaciones de poder en el tercer cuarto del siglo XX colombiano. Nos hace cuestionar algo que es sagrado para la mayoría de nosotros: la democracia. Después de su concienzuda historización,

expone sus contradicciones y termina con una visión bastante oscura y retadora. La última frase del capítulo final dice: “En el camino, la clase media se convirtió en el arquetipo de la paz como violencia, la sociedad cohesionada como una jerarquía de clases, y la democracia como una dictadura del capital”. La frase final del epílogo no es más alentadora: “Mi tarea ha sido aproximarme a la democracia agónicamente, para que podamos imaginar —y practicar— la democracia de manera distinta”. Es una pregunta difícil y fundamental que queda dolorosamente abierta.



Catalina Muñoz Rojas

Historiadora, Universidad de los Andes, Magíster y PhD en Historia, Universidad de Pensilvania (Estados Unidos). Profesora Asociada, Departamento de Historia, Universidad de los Andes. Entre sus publicaciones recientes están: “Indigenous State-Making in the Frontier: Arhuaco Politics in the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia, 1900-1920”. *Ethnohistory* 63, n.º 2 (2016): 301-325, doi: 10.1215/00141801-3455315, y “Moving Pictures: Memory and Photography among the Arhuaco of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia”. *History and Anthropology* 28, n.º 3 (2017): 375-397, doi: 10.1080/02757206.2017.1281267. c.munoz2017@uniandes.edu.co